



El calor del hogar

Sally O'Neil Roy D'Arcy



BEAUDINE, William

La Novela Metro-Goldwyn

Publicación semanal de argumentos
de películas de

Núm.

METRO-GOLDWYN-MAYER

25

45

:: y FIRST NATIONAL ::

Cénts.

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 2717 A - Barcelona

(Frisco Sally Levy, 1927)

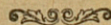
El calor del hogar

Sentimental producción

interpretada por

SALLY O'NEIL y ROY D'ARCY

entre otros principales artistas



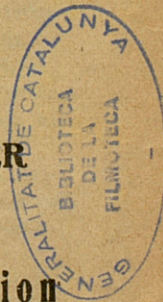
PRODUCCIÓN

METRO-GOLDWYN-MAYER

DISTRIBUIDA POR

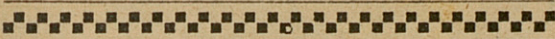
Metro-Goldwyn Corporation

MALLORCA, 220 — BARCELONA



Revisado
por la censura gubernativa

Imp. Badía - Dr. Dou, 14 - Barcelona



El Calor del Hogar

Argumento de la película

Era el día 17 de Marzo, fiesta de San Patricio, patrón de Irlanda. En la ciudad americana de San Francisco viven millares de irlandeses, y tal fecha está señalada como un verdadero acontecimiento.

Isaac Lapidowitz, un honrado hebreo irlandés, cerró aquel día su tienda de tintorería. Nadie debía trabajar en tal fecha. Era una jornada dedicada al recuerdo de la patria y al hogar.

A media mañana llegó a su casa. Su mujer, Brígida, una buena esposa que le había dado cuatro hijos, le esperaba sonriente y le mostraba un enorme pescado adquirido en el mercado.

—Te dedico el banquete de San Patricio, viejo mío. Pescado en escabeche.

—¡Muchas gracias, Brígida! ¡Y también te traigo yo un regalito, mamá mía!

Y con bondadosa ilusión abrió un paquete y le

mostró una pequeña maceta de la que surgían unos brotes de trébol.

—¡Es un trébol! ¡El glorioso emblema de Irlanda! — dijo Brígida con emoción.

—Dice el floricultor que cuando crezca nos podremos sentar a su sombra.

—No digas tonterías — respondió ella, riendo—. ¿Me vas a hacer creer en la gallina de los huevos de oro?

Brígida marchó a la cocina y pocos momentos después entraron Isidro, Miguelito y Rebeca, los tres hijos pequeños del matrimonio. No contaría el mayorcito más de catorce años.

—Papá — dijo la niña—. Isidro y Miguel no me quieren llevar a ver la parada de San Patricio.

—¿Cómo es éso? — protestó el padre—. ¿Por qué tratan de marcharse dejando a su hermanita Rebeca? ¿No les dije que la llevasen a la parada?

—¡Ay, papá! — protestó Isidro.

—Dentro de un minuto quiero verles en la calle con su hermanita.

—¡Ay, papá! ¡Rebeca nos aguará la fiesta! — protestó Miguel.

—¡Corran en seguida y no hagan objeciones a su padre!

—¡Ay, papá — protestó Isidro—, el año pasado tuvimos que traerla antes de terminarse la parada porque... porque se le escapaba el...

—¡Silencio! — protestó el padre—. ¡Este año ya es mayorcita para esas cosas! ¡Y o llevan a la niña... o llevan una paliza!

Los tres hermanitos desaparecieron finalmente di-

rigiéndose a ver el magnífico desfile que aquel día alegraba las calles de San Francisco. Banderas, gallardetes y hojas de trébol adornaban los lugares por donde pasaba la manifestación.

Rebeca logró colocarse en primera fila pasando bajo las piernas de los espectadores. Sus hermanitos hicieron lo propio y todos lograron ver estupendamente bien el interesante desfile.

También Isaac y Brígida habían presenciado el acto, inflamados sus corazones por el espíritu patriótico. Aquel era el gran día y debía dedicarse por entero a Irlanda.

Buscaban con los ojos a Sally, su hija mayor, el ídolo de la familia. Era Sally una preciosa muchacha de diez y ocho años, una linda criatura, orgullo y honra de los Lapidowitz.

De pronto vieron pasar a un policía de la sección de motos, un joven llamado Pat Sweeney, irlandés como ellos.

—Pat ¿qué tal? — le dijo Isaac—. ¿Has visto a Sally?

—¡No... todavía no... pero, mirad, ahí aparece ahora!

Y corrió veloz hacia un carro florido donde estaban varias muchachas, entre ellas Sally, que era la novia de Pat.

Sally reía echando flores de trébol a la multitud. Al ver a Pat, le cubrió de rosas y hojas de trébol.

Luego distinguió a sus padres a quienes inundó también de flores. ¡Cómo se divertía la muchacha!

¡Oh, día de San Patricio, 'día recordado siempre en la vida de todo irlandés!

Y desfilaron carrozas y coches cuajados de flores y pasaron sociedades y corporaciones con sus estandartes y banderas, y los bomberos de cascos brillantes y los policías, severos y graves en su monorrítmico andar...

Muy tarde terminó la fiesta y cada irlandés volvió a su casa pensando en la buena comida con que se remataba la fiesta. Una comida tan espléndida como la del día de Navidad.

Los Lapidowitz volvieron a su hogar lo mismo que sus hijos sin que los pequeñitos se hubiesen peleado ni hubiesen tenido disgustos como otros años por culpa de la... humedad.

Por la noche se celebraba el gran banquete.

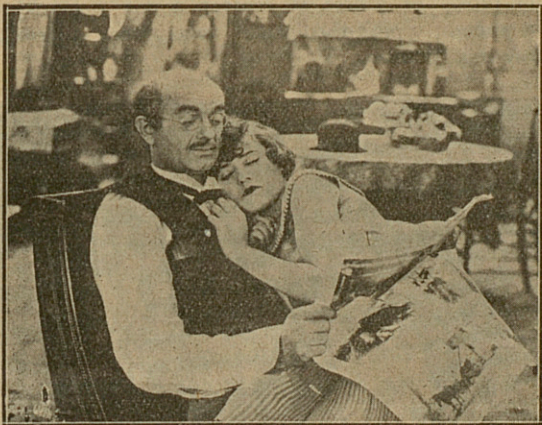
Aquella tarde no se trabajó; Isaac se estuvo leyendo el periódico mientras Sally, fatigada por la jornada de la mañana, se reclinaba y dormitaba dulcemente en su regazo.

Tras ese relativo descanso todos recobraron fuerzas. Sally volvió a ser la jovencita alegre y dicharachera de costumbre. Puso la mesa en un momento. Los chiquillos ocuparon sus sitios, alborotando y gritando. Su madre les ordenó que fueran a lavarse las manos y los dos mayores ante la pila de la cocina sostuvieron una violenta disputa que terminó poniéndose mojados hasta la coronilla.

Cuando Brígida les vió se echó a reír.

—Yo os envié a lavaros, pero no a que tomaseis un baño...

—¡Bueno... a cambiarse de ropa y a venir en seguida a comer! — dijo Isaac.



...dormitaba dulcemente en su regazo.

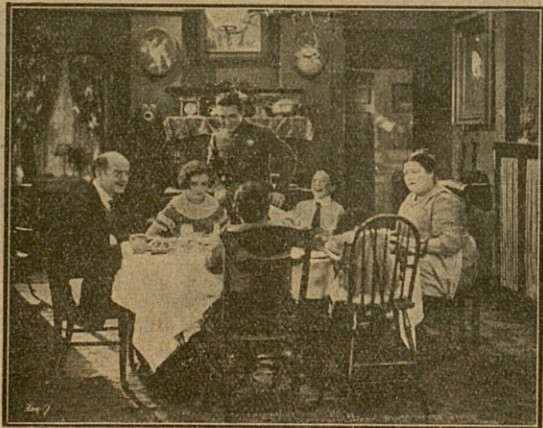
Minutos después estaban todos a la mesa. Antes de comer rezaron el acción de gracias. Y con la alegría infinita que tiene la buena paz familiar, comieron aquellos exquisitos manjares condimentados por la mano sabia de Brígida.

Estaban a media comida cuando entró Pat Sweeney, el joven policía, novio de Sally.

Saludó cordialmente a todos y tendió la mano a Sally. Isidrin dijo riendo:

—¡Es muy extraño que hoy no la hayas besado como haces en la escalera!

Sally sintió que el rubor cubría sus mejillas y bajó los ojos. Los padres se echaron a reír y movieron la cabeza como disculpando aquel amor juvenil... Pat reía también...



—¡Es muy extraño que hoy no la hayas besado como haces en la escalera!

—¡Bueno... no hacemos caso al chiquillo! — dijo Isaac—. ¡Tú te quedas a cenar con nosotros!

—¡No, gracias, ya cené!...

—¿Pero no te gustaría un pedacito de tocino y un poco de repollo... para postre?

—No quiero despreciarles... gracias.

Le hicieron puesto y se sentó entre Isaac y Isidrin.

Transcurrió el tiempo delicioso contando las cosas de la lejana Irlanda, evocando costumbres de aquella verde tierra.

Pero Isidrin no quitaba el ojo del cinturón de Pat en cuya derecha pendía el revólver.

Sin que el policía se diese cuenta le quitó el revólver y comenzó a examinarlo. Al darse cuenta de ello Pat se lo arrebató y lo descargó.

—Cuando te mates aprenderás a no jugar con armas de fuego...

Isaac le recriminó duramente.

—¿Es que quieres seguir el oficio de bandido? — le dijo.

—¡Ahora no hay temor! ¡Ya está descargado! — dijo el policía.

Y no volvieron a acordarse de Isidrin, fascinados todos por la conversación general, y Pat cautivado por las miradas cada vez más amorosas de Sally.

Pero Isidro se había enamorado del revólver... Esquivando las miradas que de vez en cuando le daba Pat, logró apoderarse de nuevo del revólver y poniéndose detrás de él, con las dos manos juntas hizo un esfuerzo desesperado para conseguir que se disparase. ¡Y vaya si se disparó! Había quedado en la recámara una bala que por fortuna no hirió a nadie yendo a incrustarse en un armario...

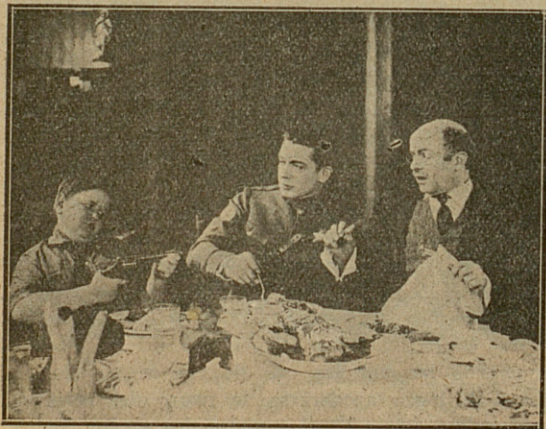
La expectación fué general e Isidrin miró a todos avergonzado. Pat le quitó el revólver indignadísimo.

—¡Hubiera podido ocurrir una desgracia! ¡Que-

dó una bala dentro! ¡Ah, loco! ¡No toques nunca más un arma!

—¡Vaya! Esto se ha convertido en un tiro al blanco. Pero a fe que voy a hacer un escarmiento. ¡No te valdrá que sea el día de San Patricio!

Y el padre cogió a Isidrin y alcanzándole por las posaderas las azotó hasta ponerlas rojas.



...le quitó el revólver y comenzó a examinarlo...

Isidro se fué a la cama llorando, los niños protestaron porque papá había pegado a su hermanito y se fueron también a su cuarto...

¡Pero Brigida y su marido sabían imponer la au-

toridad. No importaba hacer llorar a los pequeños, era preciso corregirlos en sus errores...

Y aislados de todos, Sally y Pat estuvieron largo rato juntos soñando a la luz de la luna en las bienandanzas de su humilde amor.

*
**

Así el 17 de Marzo lo terminó papá Lapidowitz sacudiendo pantalones... y el 18 lo empezó... planchándolos.

Sally y Miguel estaban en la tienda ayudando a las faenas del planchado del traje de un cliente que aguardaba en la sala de pruebas.

De pronto su padre dijo al muchacho:

—¡Basta de trabajos! ¡Ahora... a estudiar su lección de violín, holgazán!

El chico cogió el violín a regañadientes y protestó:

—Ay, papá... el violín no lleva a nadie a ninguna parte!

—Con el violín puedes llegar a ser un Sarasate. .

Pero, aunque te quedes en músico callejero, siempre tendrás para rascar la tripa.

Entró una mujer entregando un traje y dijo:

—La señora de Rojo desea que le tiñan de amarillo este traje para la señora Blanco.

—Bueno, mujer, así se hará — contestó el tendero—, pero, ¿no te quedan más colores en la paleta?

Desapareció sonriendo la cliente e Isaac continuó el planchado de aquel traje.

Mientras tanto Sally se burlaba de lo rematadamente mal que tocaba el violín su hermanito.

—En vez del violín... estás tocando el violón, querido.

—¡Cállate, mala! — protestó Miguel—. Y yo lo diré, yo lo diré... ¡A Sally la besan en la escalera! ¡A Sally la besan en la escalera!

—¿Quieres callarte, sinvergüenza?

Sally le arrebató el violín y con el instrumento musical hubiera dado un golpe al hermanito de no intervenir su padre y poner paz en el asunto. ¿Es que se iban a pasar el día peleando?

Mientras tanto el cliente se desesperaba en la sala de pruebas.

Salió en calzoncillos y dijo furioso:

—¡Maldita sea! ¿Esto es un cuarto de prueba o un baño público?

—¡Pronto, señor! Un momento de paciencia.

Nervioso acabó Isaac de planchar el traje y lo entregó al cliente. Este se vistió en un santiamén y con el terno flamante se encaminó hacia la puerta.

—Señor, — dijo Isaac, sonriendo humildemente—. El lema de la casa... es: Pago al contado.

—¿Sí? — contestó el cliente con insolencia—. Pues escríbalo en el puño para que no se le olvide.

—Yo trabajo para vivir, señor.



...hubiera dado un golpe a su hermanito de no intervenir su padre.

Le cogió por una solapa de la americana, pero el bruto le rechazó con malas formas.

—No acostumbro pagar en ningún sitio, ¿comprende?

—Señor, los pobres no podemos hacer regalos... Intervinieron Sally y Miguel, queriendo defender

a su padre. Pero a todos rechazó el cliente marchando ufano hacia la puerta.

Ya allí le esperó una sorpresa. La señora Brígida asomaba por la puerta y enterada por una seña de su hija de que aquel hombre quería huir sin pagar, le cogió por un brazo y le dijo:

—Usted no se marcha de aquí sin abonar lo que sea...

Y acompañó sus palabras con tan estupendo golpe que el cliente se atemorizó.

—¡Bien, señora, no se ponga usted así!

—Arréglalo por una peseta, mamá — dijo Isaac—. Es por el planchado de un traje.

—Vengan dos cincuenta ahora mismo... y no vuelva a aparecer por aquí.

Y el cliente asustado por tan contundentes expresiones pagó el importe y abandonó la tienda.

—¡Cuánto vales, mamá! — le dijo Isaac—. ¡Sin ti no sé qué iba a ser de nosotros!

Y aquel hombre débil y sus hijos abrazaron cariñosamente a Brígida.

Sally marchó poco después... En uno de los jardines de la ciudad debía encontrarse con Pat, su novio.

No tardó en llegar el policía y la invitó a subir a la trasera de la moto para dar un paseíto... Y los dos jóvenes gozaron de la esplendidez de aquella mañana de primavera.

De pronto vieron pasar a toda marcha, como una exhalación, a un automóvil de turismo.

—¡Qué loco! — dijo Sally—. ¡Nunca te he visto multar a nadie Pat! ¡Cógelo!

—¡Corramos!

Se dirigieron velozmente hacia el *auto* logrando darle alcance.

Pat acercóse a la ventanilla.

Ocupaba el coche un elegante joven de fino bigote burlón y su chofer.

—¿Dónde es el fuego? — preguntó el policía—.

¡A ver, deme usted su nombre!

—Oro... Estuardo de Oro.

Apuntó su nombre para ponerle la correspondiente multa. Y mientras lo hacía Estuardo no cesaba de mirar a la linda acompañante del guardia. ¡Lástima de mujercita para ese hombre!

—Puede usted continuar... y cuidado con las velocidades — le dijo Pat.

Sonrió Estuardo y el *auto* partió a velocidad moderada.

Sally y el policía fueron a sentarse en un banco del jardín... Y apenas habían transcurrido cinco minutos volvió a pasar a velocidad fantástica el mismo coche de turismo.

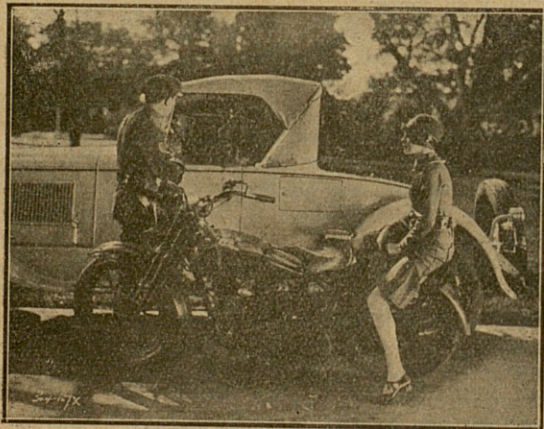
—¡Pero ese hombre no escarmienta! ¡Espérate aquí que voy tras él! — dijo Pat, furioso.

Y subiéndose a la moto se perdió en la lejanía, dejando a Sally malhumorada.

Logró el policía detener el coche pero en su interior no encontró al señor Oro sino a su chofer...

Estuardo había descendido poco antes y viendo a Sally sola en el banco del jardín se dirigió a su encuentro. El amaba las aventuras amorosas y le placían de modo extraordinario los amores con las muchachas ingenuas.

Acercóse sonriente y le preguntó qué hacía allí.
Sally era un temperamento de ingenua y aquel elegante caballero cautivó al instante su corazón.
—Espero a Pat, el guardia...



—¿Puede usted continuar... y cuidado con las velocidades!

—¡Ese hombre no tiene vergüenza! — dijo Estuardo, riendo—. Dejarla abandonada a usted. ¡Yo por nada del mundo me privaría de su compañía!

—Ya ve, me saca a pasear y me deja aquí... Y todo por querer perseguirle a usted...

—¿Le gustaría dar un paseo conmigo en auto?

La muchacha, disgustada con Pat, dijo llena de alborozo:

—¡Sí... sí... eso le servirá de lección!

Y subió al coche del joven Estuardo y durante media hora disfrutó de esa bella sensación del automóvil que hace pensar en horizontes amplios, libres, más extensos que los de la vida humilde y quieta.

Estuardo la acompañó hasta su casa prometéndole que pasaría a verla de nuevo.

—Es usted una muchacha encantadora. Me gustaría conocerla mejor...

Y Sally llegó a su hogar loca de júbilo, creyendo que el cuento mago de la pastora y del príncipe tenía prestigiosa realidad.

En días sucesivos, ella se dejó ganar por la seducción del opulento Estuardo, y le invitó a visitar su casa aprovechando la ausencia de su padre.

—Te va a gustar, mamá — le decía a doña Brígida, ingenua también—. Viste a la moda, tiene un automóvil magnífico y ¡qué sé yo!

Brígida era la única persona de la familia que estaba enterada de aquella relación de su hija. Pat nada sabía tampoco de ello...

Llegó Estuardo, y, cordial y afectuoso, saludó a la madre de su amiguita.

—¡Su mamá es una hermosa mujer! — dijo.

La aludida respiró gozosa de verse tan bien tratada.

—Modestia a un lado. Sally es una joven muy bonita... ¡El mismo retrato de su madre! — continuó Estuardo.

—¡Qué amable es usted, señor Estuardo!

Se sentaron los tres a una mesa. La conversación se deslizaba agradable, deliciosa...

En la habitación contigua escuchaban riendo los tres hermanitos, y de pronto fueron apareciendo uno a uno en el comedor llamando a mamá.

Le murmuraban algo al oído y la madre furiosa decía mirando al señor de Oro:

—¡Perdone, señor de Oro!...

Y dándoles la mano les acompañaba a un lugar... donde uno no puede enviar ningún representante en su nombre.

Estuardo reía cerca de Sally hablándola de viajes y de mundos desconocidos para ella.

Luego llegó el momento de obsequiar con algo al opulento amigo. Pero Isidrin acababa de hacer una de sus travesuras en la cocina. Bebióse primero más de medio jarro de limonada y para disimular lo llenó de agua, con lo que resultó una cosa de un sabor diluido e insípido...

Pero no fué eso lo peor... Una plata de natilla coronada por unas rojas cerezas de confitura parecían decir ¡Comedme! E Isidrin se comió las cerezas y para evitar que se conociera el despojo puso en su lugar otras cerezas artificiales cortadas del sombrero de su hermana.

Brígida, ajena a todo ello, entró muy ufana en el comedor con el dulce y la limonada.

Y Estuardo apenas probó la bebida la dejó a un lado... ¡Qué malo era aquello! Pero todavía había algo peor... la natilla... Precisamente a él le habían

dado para obsequiarle todas las cerezas... y el pobre joven no podía ni masticarlas.

Pero, ¿qué clase de comida era la de aquella gente?

Se levantó para despedirse. ¡Bien valían todos aquellos sacrificios y atenciones conseguir el amor de Sally!

—¡Muchas gracias por tan agradable velada! — dijo—. ¡Yo pasaré otro día a recoger a Sally para llevármela a paseo!

Y se despidió de ellos dejando a Sally con la ilugria indescriptible de que algo fantástico entraba en su vida... Doña Brígida estaba entusiasmada. ¡Aquel señor era un verdadero príncipe!

No es que Sally estuviese enamorada de él, pero como a algunas muchachitas ingenuas, le gustaba jugar con fuego.



Estuardo de Oro visitó de nuevo a Sally... Había convenido con ella que aquella noche la acompañaría a la Academia de Baile...

Estuardo se inclinó respetuosamente al ver al padre de Sally que le miró con cierto rencor.

Se había enterado Isaac de la nueva amistad de su hija y no parecía satisfacerle mucho. ¡Ojo con los ricos!

Pero Brígida y Sally acogieron gentilmente a Estuardo...

—¡Buenas noches tenga usted, señor de Oro!...

— dijo Brígida.

Sally le presentó.

—Señor de Oro... este es mi padre.

—Estoy encantado de estrechar su mano, señor.

Y la apretó vigorosamente pero Isaac, retirándola pronto, le dijo:

—¿Cuál es su nombre, me hace el favor?

—¡Oro!... ¡Estuardo de Oro!...

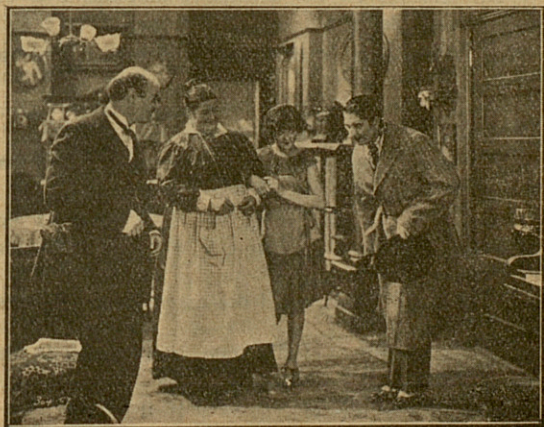
—Es un buen amigo de Sally — advirtió Brígida—. Ahora acompaña a nuestra hija a la Academia.

Isaac arrugó el entrecejo

—¡No me gusta éso... no me gusta!

—¡Papá, déjame ir! ¡Tú sabes que no haré nada malo!

—¡Ve, pero recuerda bien lo que te he dicho!... Es a la Academia de Baile adonde vas, ¿eh?... no a ningún cabaret, ¿estamos?



—¡Buenas noches tenga usted, señor de Oro!

—¡Por Dios, señor! ¿Cree usted que yo voy a llevar a su hija a sitios poco decentes? ¡Yo soy un caballero! — advirtió Estuardo.

Iba a marchar con Sally cuando abrióse la puerta y apareció Pat. Tuvo una gran sorpresa al encontrarse con aquel hombre...

—¡Oh, yo le conozco a usted, señor! — dijo riendo Estuardo—. ¡Y cuidadito que cumple bien sus deberes! ¡Pues ahora me llevo en justa venganza a Sally conmigo! Adiós, señores.

Marcharon... Sally bajó los ojos avergonzada al pasar ante su novio. Y le murmuró al oído:

—No temas... El me acompaña únicamente a la Academia de Baile.

Apenas hubieron partido, Pat preguntó inquieto a Isaac:

—Pero, ¿qué significan esas coqueterías? ¿Por qué consienten que Sally salga con ese gandul?

—¡Es lo que digo yo! ¡Ea, es necesario que vuelva en seguida! — protestó Isaac.

—¡No, no! — dijo Brígida—. Ese señor es un caballero judío, fino... elegante y riquísimo. ¡Ese es el señor de Oro!

—¿De Oro? ¡Bah, en todo caso de muy pocos quilates!

Pat salió y dijo a Sally, que estaba a punto de subir al automóvil de Estuardo:

—¿No quieres que sea yo quien te lleve a la Academia esta noche?

Ella alzó los ojos al cielo y dijo:

—¡Parece que va a llover! Creo que iré mejor en el auto, Pat...

Y subió al coche y partió...

Pat miró tristemente al cielo. ¡Llover! El cielo estaba cuajado de estrellas. ¡Ah, qué desgracia! Aquel hombre le quitaba a su novia, a su Sally. Y tristemente subió a su moto y se alejó...

Dentro de la casa Isaac protestaba contra su debilidad.

—¡Lo digo y lo repito! — gritaba a su mujer—. ¡No consentiré nunca que Sally se case con ese imbécil! ¡Los nietos de papá Lapidowitz serán patricios Sweeney!

Y allá en la Academia de Baile, Sally y Estuardo estuvieron bailando hasta la una de la madrugada.

Pasada esa hora intempestiva, pues Sally debía regresar a su casa antes de las once, la joven dijo a su amigo:

—¡Tengo que marcharme! ¡Mi padre debe estar disgustadísimo!

—¡No sé por qué! ¡Te ha confiado a una persona como yo... y eso es suficiente!

Acompañó a Sally hasta su casa. ¡Qué bonita era aquella mujer! Pero perfecto conocedor del alma femenina, no quería así, de golpe y porrazo, demostrarle su pasión, sino a dosis pequeñas y casi imperceptibles pero que acaban por dominar el alma complicada del eterno femenino.

Isaac aguardaba indignado ante la tardanza de su hija.

Apenas escuchó pasos abrió la puerta y vio a Sally con Estuardo.

De un violento empujón metió a su hija en la casa y dijo luego al joven:

—¡Largo de aquí... a usted se lo digo... a usted... badulaque!

Asustado por aquel modo de recibirle, Estuardo se marchó sin perder la serenidad. Este era otro de

los incidentes de la comedia. La indignación del padre. ¡No importaba!

Isaac entró en las habitaciones y recriminó duramente a Sally.

—¡Hasta la una de la mañana coqueteando y... bailando sabe Dios qué! ¡Ah, mosquita muerta! ¡Te tendría que moler a golpes!

Llorando, Sally se metió en su habitación y Brígida tuvo que calmar las iras de su marido empeñado en pegar a su hija.

Al día siguiente en la tienda Brígida dijo a Isaac: —Ahora que estás más calmado, he de decirte que no es manera de hablar a una niña... la que empleaste anoche con Sally.

—¡Lo tenía merecido!

—Es una gran suerte para ella haber impresionado a un caballero tan elegante y rico como el señor Estuardo de Oro.

—¡Ve con cuidado! Es un lobo con ojos de cordero.

Sally planchaba en el interior. Estaba furiosa, violenta por lo de la noche última.

Llegó Pat, quien con rostro muy melancólico, dijo a Isaac:

—Miguelito me dijo que usted quería verme...

—¡Sí, Pat! Tenemos que buscar el modo de librarnos de ese pajarraco.

—Si ella le quiere más a él... yo no voy a correrle detrás — protestó el policía.

Apareció Sally y en aquel mismo momento entró en la tienda el incansable Estuardo de Oro.

Sonriente dijo a Pat con ironía:

—¿Qué hay, capitán?

Pat le miró furioso y volviéndole la espalda marchó a la calle.

—¡No se vaya usted enfadado, señor capitán! — dijo el ricachón.

Sally cuando se marchó Pat le dijo a Estuardo en voz en que vibraba una extraña alegría:

—¡Estoy contentísima de que haya usted venido... deseaba verle!

Pero Isaac se acercó a ellos y separando a Sally del joven millonario, dijo a éste con una severidad insultante:

—¿Qué busca usted por aquí? ¿Qué se le ha perdido en esta casa?

—Un asunto de negocio. Vengo para que usted me diga si podría teñirse mi abrigo — contestó con ironía.

—¡Pues no quiero negocios con usted y le prohibo que persiga a mi hija!

—Señor mío...

—¡Usted es un tenorio de la peor especie y váyase de aquí antes no le hunda de un puñetazo la nariz... sinvergüenza!

—¡Insolente! ¡No tiene usted educación ni la ha conocido nunca!

—¡Para usted tengo puños... y eso basta!

Y a punto estuvo de pegarle fuertemente, por lo que Estuardo de Oro, echando maldiciones contra aquel viejo irascible, abandonó la tintorería.

—¡He debido romperle las muelas! — exclamaba Isaac paseando de un lado a otro de la tienda.

Pero Sally no era de la misma opinión. Lágrimas de rabia bajaban de sus ojos.

—¡Usted no tiene derecho para insultar a mis amigos! — gritó—. ¡A mí me gusta... y eso es lo que importa!

—¡Y a mí no me gusta! ¡Y eso también importa! — rugió Isaac.

—¡Pues usted no manda en mi alma!

—¡Yo mando en tu alma... y en lo que sea!

Y cruzó su cara con un bofetón seco y retumbante.

Sally le miró casi con odio, se puso la mano en la parte dolorida y dijo:

—¿Qué ha hecho usted? ¡Ya no puedo ver en usted a mi padre!

Temblaba de indignación. Brígida acudió a calmar a su hija que se había sentido herida por aquella bofetada.

Abrazó a Sally, e Isaac, desesperado por lo que había hecho, decía:

—¡Lo hice sin darme cuenta, Sally!

¡Pero Sally ya no parecía la misma.

Con los ojos secos, la mirada dura e implacable, corrió a su cuarto, hizo un lío con sus ropas... y huyó de su hogar... ¡Aquel bofetón le había herido en el alma!

*
**

Las violencias trajeron la infelicidad... La noche de Pascua todavía Sally no había regresado a su hogar.

Hacia dos meses que ella había marchado de su casa instalándose en una pequeña pensión.

Durante aquel tiempo la existencia de los dos irlandeses fué triste y en su hogar no flotó la alegría generosa de la felicidad.

Arreglaban aquella noche de Navidad el famoso árbol para la visita de papá Noel.

Brígida y él lo hacían todo en silencio, atormentados por el recuerdo de la ausente. ¿Qué sería de ella?

Sally trabajaba en un music-hall como bailarina... Estuardo de Oro le había proporcionado aquel empleo, pero no había adelantado gran cosa en los propósitos pasionales cerca de ella. Siempre que quiso atravesarse a un beso, a una caricia, se encontró con que Sally, enérgicamente repelía el intento.

Ella quería mantener su honradez... y mientras no le hablasen de casamiento... no quería saber nada... de amores. Además, no había podido olvidar a sus padres... ni a Pat.

Aquella noche bailaba como de costumbre en el music-hall. Eran las doce, la hora divina del nacimiento de Dios.

Se elevaban cien globos de colores hacia el cielo mientras Sally danzaba y tocaban las doce campanadas.

—¡Felices Pascuas!

—¡Felices Pascuas!

—¡Felices Pascuas!

Y todos se felicitaron en el gran día.

Sally escuchó aquellas palabras y se emocionó. Pasó ante ella como una visión el recuerdo honrado de su hogar.

Y cuando hubo terminado el baile, fué a su camarín y allí lloró dolorosamente el abandono en que vivía. ¡Hogar... Navidad... calor de amor! ¡Ahora eran palabras frías!

Estuardo, que asistía a la fiesta, entró en el camarín. Al verla llorar, le preguntó:

—¿Qué te pasa, Sally?

—¡Que no puedo seguir esa vida, Estuardo!... ¡Que me quiero ir a casa, que esto me enferma!

—¡No seas tonta! Vamo a tener una gran fiesta en el pabellón!... ¡Anda, Sally, suelta la morriña y ven!

—¡No, no, quiero irme a casa! — gemía la niña — ¡Quiero pedirles perdón!

En vano intentó convencerla Estuardo, y como ella no cesara en su deseo de volver a casa, el joven fingió acceder.

—¡Está bien! — le dijo —. ¡Yo mismo te llevaré en mi automóvil!

Salieron poco después del music-hall y subieron al auto... Este partió velozmente, dirigiéndose hacia los alrededores de la ciudad.

Sally, que esperaba ir a casa para pedir perdón a los suyos, mostró su extrañeza ante el cambio de itinerario.

—¡Usted prometió llevarme a casa y no...!

—¿Pero tú crees que tratas con algún tonto? — dijo él — ¡Esta noche serás mía por la fuerza o de grado!...

Con una sonrisa sardónica, continuó imprimiendo marcha al coche.

Pat, con su moto, seguía vigilando la velocidad de los coches. Vió pasar, de pronto, el auto de turismo perteneciente a su rival, y corrió tras él.

Pudo darle alcance en un jardín... Se estremeció al ver en el interior a Sally, quien pálida y llorosa se debatía para salir...

—¡Oh, Pat! — dijo la joven. — ¡Sálvame, sálvame! ¡Yo quiero ir a casa y ese hombre no me deja!

Ella saltó rápidamente del coche yendo a resguardarse tras de Pat. Comprendió el policía de lo que se trataba.

—¡Esa mujer viene ahora mismo conmigo y a usted se le multará de nuevo por exceso de velocidad — gritó.

—¡Mequetrefe! — rugió Estuardo — ¡Es usted un mal bicho!

—¡Cuidado con los insultos! ¡Sólo el uniforme detiene mi mano para no castigarle a usted con mis puños!

—¡Muy bien dicho y a tiempo! Hombres más grandes que usted se han encontrado tras un uniforme — dijo Estuardo.

Pero Pat quitóse la guerrera, pronto a romperse la cabeza contra Estuardo, y mal lo hubiese pasado éste, si Sally no hubiera intervenido.

—¡Déjale estar, Pat! No quiero saber nada de él!... Acompáñame a casa ¡Por favor!

—¡Vamos, Sally! Pero que nunca más vuelva ese hombre a molestarte, porque de lo contrario...

La joven subió a la moto con Pat, y el rico Estuardo de Oro se echó a reir melancólicamente:

—Por esta vez he perdido la partida — murmuró.

*
**

Isaac había salido a comprar dulces y nueces. En el hogar estaban, únicamente, Brígida y sus hijitos, que discutían sobre la veracidad o mentira del Viejo Noel.

Y de pronto entraron Sally y Pat en el hogar. La madre miró con emoción a aquella hija pródiga, que corrió a estrecharse contra su corazón.

—¡Oh, mi pequeña! — le dijo—. ¡Mi pequeña! ¡Qué alegría para tu padre!

—¡Perdóname con toda el alma, mamá! ¡Nunca más volveré a escaparme de mi hogar! Pero vuelvo como me fui... sin que tengáis que avergonzaros de vuestra hija.

Luego abrazó con delirio a sus hermanitos que saltaban jubilosos.. Miguelín se apoderó del revólver de Pat y marchó con sus hermanos a la habitación contigua.

Se escucharon los pasos de papá... Sally y Pat se escondieron en un rincón.

Entró Isaac con su sonrisa melancólica. Su mujer le dijo dulcemente:

—¡Cierra los ojos, papá! ¡Tengo una gran sorpresa para ti!

—Mamá, déjate de tonterías — decía el marido.

—¡Cierra... cierra!

Y por fin cerró los ojos. Y al abrirlos se encontró ante Sally que se echó en sus brazos cubriéndole de besos.

—¡Mi hijita adorada... mi hijita del alma!

—¡Papá... perdón!... ¡Nunca más! ¡Tú tienes derecho a pegarme porque eres mi padre y porque me quieres!

Y le murmuró al oído toda la plegaria de sus palabras bondadosas...

Sonó un disparo, corrieron todos a la habitación contigua y vieron a los pequeñuelos metidos en cama.

Brígida se encargó de descubrir a Miguelín que tenía en la mano la pistola humeante. ¡Ah, pillito! Y allí mismo le dió el castigo pegándole en parte blanda y pomposa.

Pero Isaac intervino. ¡Calma, paz! ¡Aquella noche no debía haber lágrimas!...

Y como en la fiesta del hijo pródigo, debía matarse el mejor cordero para celebrar la vuelta de Sally...

Y fué después de cenar cuando Sally le prometió a Pat casarse pronto con él. Y todos olvidaron el pasado al calor familiar.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

La dramática novela

UN HOMBRE DE HONOR

por VIRGINIA VALLI y STUART HOLMES

Gran éxito en las
SELECTAS EDICIONES ESPECIALES de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
de la finísima novela

EL JARDÍN DEL EDÉN

Intérpretes

Corinne Griffith, Charles Ray,
Louise Dresser, y Lowell Sherman

Es una joya de LOS ARTISTAS ASOCIADOS
Numerosas ilustraciones fotográficas
Magnífica portada

PÍDASE EN TODAS PARTES

EL CAPITAN SORRELL

En preparación:

¡ACONTECIMIENTO!

LA PRINCESA MARTIR

EXCLUSIVA DE VENTA

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERIA

Barbará, 16 - BARCELONA

Ferraz, 21, y Caños, 1 duplicado - MADRID

[B.]